



CAPÍTULO VI.

ENTRADA DE LAMARTINE A JERUSALEN.

SALIMOS del desierto de San Juan á las cinco de la mañana, con todos nuestros caballos, escoltas, árabes de Abugosh y cuatro ginetes enviados por el gobernador de Jerusalem. Solo estos entran en la ciudad para avisar al gobernador que hemos llegado. A la media hora, vemos salir por la puerta de Belen al *Kiaya* del gobernador, al intérprete del convento de los frailes latinos, á cinco ó seis ginetes con trages espléndidos y bastones con puños de oro y de plata, y por fin, á nuestros ginetes de Naplusa y á algunos pages jóvenes á caballo. Nos adelantamos á recibirlos, nos rodean, y entramos por la puerta de Belen. Tres apes-

tados, muertos en la noche, salian en aquel momento, y sus cargadores nos disputan un instante el paso bajo la bóveda sombría de la puerta. Apénas la hemos pasado, nos hallamos en una encrucijada compuesta de casas pequeñas y miserables, y de algunos jardines incultos, cuyas tapias se han caido. Seguimos un momento el camino mas ancho de aquella encrucijada, y nos conduce á una ó dos callejuelas, igualmente oscuras, estrechas y sucias, en las que solo vemos entierros, que pasan precipitados arrimándose á la pared, á la voz y ante el garrote alzado de los genizaros del gobernador. Allá y acullá se ven algunos vendedores de pan y de frutas, cubiertos de andrajos, sentados en el umbral de sus puestecillos, con sus canastos en las piernas, y gritando sus efectos al modo de nuestros mercados. De cuando en cuando aparece alguna muger velada en una ventana con rejas de madera; un niño abre una puerta baja y lóbrega, y sale á comprar la provision del día para la casa. Por donde quiera obstruyen el paso escombros, inmundicias acumuladas, y sobre todo, montones de trapos de paño ó algodón azul, que barre el viento como hojas secas, y cuyo contacto no podemos evitar. Esas inmundicias y harapos, que cubren el piso de las ciudades orientales, son los peores vehículos de la peste. Hasta aquí, no vemos en las calles de Jerusalem cosa alguna que anuncie la morada de una nacion; ninguna señal de riqueza, de movimiento y de vida. El aspecto exterior nos habia engañado, como en tantas

otras ciudades de Grecia ó de Siria. El poblacho mas miserable de los Alpes ó de los Pirineos, las peores callejuelas de nuestros suburbios, abandonados á las últimas clases de nuestras poblaciones de jornaleros, tienen mas aseo, lujo y elegancia que estas calles desiertas de la reina de las ciudades. Solo encontramos algunos ginetes beduinos, montados en yeguas árabes, cuyos piés resbalan ó se entierran en los agujeros del piso. Esos hombres no poseen el aire noble y caballeresco de los xeques árabes de Siria ó del Líbano. Tienen una fisonomía feroz, ojos de buitre y trage de bandidos.

Circulamos algun tiempo en esas calles todas parecidas, y de cuando en cuando nos detenia el intérprete del convento latino, que enseñándonos una casa turca arruinada, una puerta vieja y carcomida, ó los restos de una ventana morisca, nos decia: „Esta es la casa de la Verónica, la puerta del Judío-Errante, la ventana del pretorio;” palabras que nos hacian una impresion desagradable, pues las desmentia el aspecto evidentemente moderno, y la clara inverosimilitud de esas demostraciones arbitrarias; errores piadosos, de que nadie es reo, porque datan de fecha inmemorial, y quizá se han estado repitiendo por siglos á los peregrinos, cuya credulidad ignorante ha sido tal vez su inventora.

Despues de haber bajado por algunas otras calles semejantes á la que acabo de describir, nos hallamos en una pequeña plaza, abierta al norte sobre una parte

del cielo y de la colina de los Olivos. Bajamos algunos escalones á nuestra izquierda, y llegamos á un átrio descubierto, sobre el cual da la fachada de la iglesia del Santo Sepulcro. Este famoso templo ha sido descrito tan bien y tantas veces, que no lo describiré de nuevo. En su exterior, sobre todo, es un vasto y bello monumento de la época Bizantina: su arquitectura es noble, solemne, grandiosa y rica, para el tiempo en que se construyó; es un digno pabellon alzado por la piedad humana sobre el sepulcro del Hijo del hombre. Si se compara esta iglesia con otras obras de su tiempo, resultará superior á todas. Santa Sofia, aunque mas colosal, es mucho mas bárbara en su forma: por fuera solo es una montaña de piedras, flanqueada por colinas de piedras. Al contrario, el Santo Sepulcro es una cúpula aérea y cincelada, en que el corte hábil y gracioso de las puertas, de las ventanas, de los capiteles y cornisas aumenta á la masa el valor inestimable de un trabajo esquisito, en que la piedra se ha vuelto encarge para ser digna de entrar en un monumento elevado al mayor pensamiento humano, en que el pensamiento mismo que lo elevó está escrito en los pormenores como en el conjunto del edificio. Es verdad que la iglesia del Santo Sepulcro no subsiste hoy tal como la construyó Santa Helena, madre de Constantino. Los reyes de Jerusalem la retocaron y hermosearon con los adornos de la arquitectura medio occidental y medio morisca, cuyo gusto y modelos habian encontrado en Oriente. Pero tal cual está hoy por fue-

ra, con su masa Bizantina y sus adornos griegos, góticos, y arabescos, con las mismas hendeduras, cicatrices del tiempo y de los bárbaros, que permanecen impresas en su fachada, no contrasta con el pensamiento que á ella se trae, con el pensamiento que ella expresa: su aspecto no produce la impresion penosa de una gran idea mal espresada, de un gran recuerdo profanado por la mano de los hombres. Al contrario, se dice uno involuntariamente: ¡He aquí lo que yo esperaba! El hombre ha hecho lo mejor que ha podido. El monumento no es digno del Sepulcro; pero es digno de la raza humana, que ha querido honrar ese gran Sepulcro. Con esta primera y solemne impresion, se entra en el vestibulo embovedado y sombrío de la nave.

A la izquierda, al entrar por ese vestibulo que conduce al átrio mismo de la nave, en el hueco de un nicho vasto y profundo, en que ántes habia algunas estatuas, han puesto su divan los turcos, custodios del Santo Sepulcro, que solo ellos tienen derecho de abrir ó cerrar. Cuando pasé sobre aquel divan cubierto con ricas alfombras de Alepo, estaban sentadas en cuclillas cinco ó seis figuras venerables de turcos, con barbas largas y canosas; al rededor tenían sobre las alfombras algunas tazas de café y pipas. Nos saludaron con dignidad y gracia, y mandaron á uno de los cuidadores que nos acompañase á todas las partes de la iglesia. En sus rostros, en sus palabras ó en sus gestos, nada vi de la irreverencia que se les imputa. No penetran á la igle-

sia, están á su entrada, y hablan á los cristianos con la gravedad y el respeto que exigen el lugar y el objeto de la visita.

A la estremidad de ese vestibulo, nos hallamos bajo la gran cúpula de la iglesia. El centro de esta cúpula, que las tradiciones locales dan por el centro de la tierra, está ocupado por un pequeño monumento encerrado en el grande, como una piedra preciosa engastada en otra. Este monumento interior es un cuadrado largo, adornado con algunas pilastras, una cornisa y una cúpula de mármol, todo de mal gusto, y de un dibujo violento y estafalario: reedificólo en 1817 un arquitecto europeo, á espensas de la iglesia griega, que ahora lo posee. En torno de este pabellon interno del sepulcro, reina el vacío de la gran cúpula exterior: se circula por él libremente, y de pilares en pilares se hallan capillas vastas y profundas, cada una de las cuales se halla dedicada á un misterio de la pasion de Cristo, y todas contienen algunas muestras de las escenas de la Redencion. La parte de la iglesia del Santo Sepulcro que no queda bajo de la cúpula, está reservada esclusivamente á los griegos cismáticos, y un tabique de madera pintada, cubierto con cuadros de la escuela griega, divide esta nave de la otra. A pesar de la extraña profusion de pinturas malas y de adornos de todo género que recargan las paredes y el altar, el conjunto produce un efecto grave y religioso. Se siente que la oracion ha invadido aquel santuario bajo todas las formas, y acumulado allí todo lo que generaciones su-

persticiosas, pero fervientes, han creído tener precioso ante Dios. Una escalera cortada en la peña conduce de allí á la cumbre del Calvario, en donde estuvieron plantadas las tres cruces. Despues de un momento de meditacion profunda y silenciosa, dedicada en cada uno de aquellos lugares sagrados al recuerdo que renueva, volvimos á bajar al recinto de la iglesia, y penetramos en el monumento interior que sirve de cortinaje de piedra ó de cubierta al sepulcro mismo. Se halla dividido en dos pequeños santuarios. En el primero se encuentra la piedra en que estaban sentados los ángeles, cuando respondieron á las santas mugeres: *Resucitó: no está aquí.* El segundo y último santuario encierra el Sepulcro, cubierto ademas con una especie de sarcófago de mármol blanco, que rodea y oculta enteramente á la vista la sustancia misma de la roca primitiva en que estaba escavado el Sepulcro. Lámparas de oro y de plata, alimentadas eternamente, iluminan esta capilla, en la que arden perfumes de dia y de noche; el aire que se respira en ella es tibio y embalsamado. Entramos uno á uno, cada cual á su vez, sin permitir á ninguno de los sirvientes del templo que entrara con nosotros: una cortina de seda carmesí nos separaba del primer santuario. No queríamos que mirada alguna perturbase la solemnidad del sitio ni la intimidad de las impresiones que pudiese inspirar á cada uno, segun sus ideas, y segun la medida y la naturaleza de su fe el grande acontecimiento que recuerda esa tumba. Cada uno de nosotros permaneció allí como un cuarto de hora, y nin-

guno salió con los ojos secos. Cualquiera que sea la forma que hayan dado al sentimiento religioso en nuestras almas las meditaciones interiores, la lectura de la historia, los años, las vicisitudes del corazon y del entendimiento humano; sea que háyamos conservado la letra del cristianismo, los dogmas puros de nuestra madre, sea que solo tengamos un cristianismo filosófico y espiritual; siempre es cierto que él es la religion de nuestros recuerdos, de nuestros afectos y de nuestra imaginación; que el viento del siglo y de la vida nunca lo ha evaporado tanto, que el alma en que lo vertieron no conserve su primer olor, y que el aspecto de los lugares y monumentos visibles de su primer culto no rejuvenezca sus impresiones, y le cause un estremecimiento solemne. Para el cristiano ó para el filósofo, para el moralista ó para el historiador, esa tumba es el límite que separa dos mundos, el mundo antiguo y el mundo nuevo; es el punto de que partió una idea que ha renovado el universo, una civilizacion que todo lo ha transformado, una palabra que ha resonado sobre todo el globo. ¡Ningun sepulcro ha sido tan fecundo; ninguna doctrina sepultada tres dias ó tres siglos ha roto de un modo tan victorioso la peña que el hombre habia sellado sobre ella, ni ha desmentido á la muerte con una resurreccion tan espléndida y perdurable!

Entré á mi vez y el último de todos en el Santo Sepulcro, con el ánimo asediado por esas ideas inmensas, con el corazon conmovido por impresiones mas íntimas, que permanecen reservadas entre el hombre y

su alma, entre el insecto que piensa y su Creador. Tales impresiones no se escriben; se exhalan con el humo de las lámparas piadosas, con los perfumes de los incensarios, con el murmullo vago y confuso de los suspiros. Corren con las lágrimas que vienen á los ojos al recordar los primeros nombres que hemos murmurado en nuestra infancia, al padre y á la madre que nos los enseñaron, á los hermanos, hermanas y amigos con quienes los repetiamos balbucientes. Todas las impresiones piadosas que han conmovido nuestra alma en todas las épocas de la vida, todas las plegarias que han salido de nuestro corazon y de nuestros labios, al nombre del que nos enseñó á orar á su Padre y al nuestro; todos los gozos, todas las tristezas del espíritu, cuyo idioma fueron esas plegarias, se despiertan en el fondo del alma, y su confusion tumultuosa produce un deslumbramiento de la inteligencia, un enternecimiento del corazon, que no buscan palabras, sino se resuelven en ojos húmedos, en un pecho oprimido, en una frente que se inclina, y en una boca que se pega silenciosamente á la piedra de un sepulcro. De este modo permanecí largo tiempo, orando al cielo, al Padre, allí, en el mismo lugar en que la mas bella de las oraciones se elevó por primera vez hácia el cielo; orando por mi padre en este mundo, por mi madre en el otro, por todos los que viven ó no viven, ligados á mí por el vínculo invisible que nunca se ha roto. La comunión del amor existe siempre; y los nombres de todos los seres á quienes he conocido, he amado y que me

han amado, pasaron de mis labios á la piedra del Santo Sepulcro. Hasta despues no oré por mí: esta última oracion fué ardorosa y fuerte. Pedí verdad y valor, ante el sepulcro del que esparció mas verdad en el mundo y murió mas fiel á la mision que Dios le habia encargado. Me acordaré para siempre de las palabras que murmuré en aquella hora de crisis para mi vida moral. Quizá me oyó el cielo: una gran luz de razon y de conviccion se esparció en mi inteligencia, y separó mas claramente la luz de las tinieblas, los errores de las verdades. Hay momentos de la vida en que los pensamientos del hombre, por mucho tiempo vagos y dudosos, y flotando como olas sin lecho, llegan por fin á una playa en que se estrellan, y vuelven sobre sí mismos con nuevas formas y con un impulso contrario al que los habia impelido hasta allí. Aquel fué para mí uno de esos momentos: El que sondea las almas y corazones lo sabe, y aun yo tal vez podré comprenderlo algun dia. Aquel fué en mi vida un misterio, que se revelará mas tarde.

